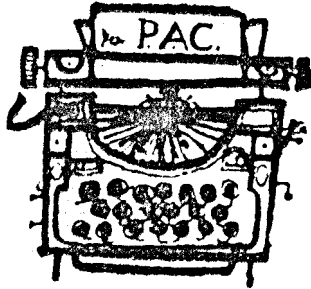


escrito a máquina

Doña Agustina

Urtecho

de Martínez



Decía Gertrud von Le Fort, la novelista alemana que acaba de morir, que todas las formas elevadas de la vida de la mujer la presentan discretamente velada: la novia, la monja, la viuda, cubren su rostro con el símbolo de un misterio —el velo— como sugiriendo que todo aquello que pertenece a su jurisdicción —como el amor, la compasión, el cuidado, la preparación, la fidelidad, la esperanza, . . . es lo realmente escondido y casi siempre traicionado en el mundo. La historia —escrita con mano masculina— no tiene, generalmente, capítulos, para la labor de la mujer. Se le ha ocultado tras el velo, porque la obra del hombre se hace y se agota en sí misma —mientras que la de la mujer prepara la generación que sigue; hay siempre una profecía en la obra de la mujer: un mañana misterioso en sus manos. “Toda profecía es sólo una forma de la maternidad”.

Tras ese velo veía ayer el rostro de una noble mujer nicaragüense que acaba de partir. Pensaba en la importancia, en la diferencia que la palabra “importancia” tiene cuando muere un hombre y cuando muere una mujer. En el hombre lo que hace es fácil de inventariar: empresas, hazañas, escritos, etc., tienen el rostro del tiempo, des-velado, reconocible. En la mujer el velo cubre de anonimato su cooperación, su gestación, su presencia inconmensurablemente fecunda, pero oculta. Hay algo en ella —en toda mujer— grande y oculto que parece la representación misma del anonimato de Dios. Doña Agustina Urtecho de Martínez es —a la hora de su muerte— un silencio. Pero ¡qué intensa fecundidad velada oculta ese silencio! Su importancia está sujeta a una medida distinta, a la medida misteriosa, de “esa otra historia”, sumergida y germinal que fluye a través de la mujer. Comencé a conocerla cuando el movimiento de “Vanguardia”. Alentaba nuestras lecturas y, aunque su formación más bien romántica la detenía, entre sorprendida y curiosa, al borde de nuestras irreverencias y experimentos, pudo más su inquietud inteligente por conocer, y pronto hizo suyos nuestros libros y nuestros entusiasmos literarios. Recuerdo mi primer diálogo con ella sobre el gran poeta francés Paul Claudel. Recuerdo su gozo al descubrir a Maritain, a Raissa, a Psichari, a León Bloy y a todo ese grupo católico de avanzada que tanto influyó en nuestra formación y en nuestras ideas juveniles. La recuerdo, luego, moviéndose en Granada para conseguir acciones entre la renuente burguesía de la ciudad para que fundáramos un periódico y sus aflicciones cuando nosotros convertimos el periódico en una artillería pesada e implacable contra esa misma burguesía. Fue su primera aventura de alentadora materna, de gran abuela, de nuestro movimiento literario. Desde entonces siempre contamos con ella. Cuando fundamos el Taller San Lucas y sus “Cuadernos” su sombra protectora hacía brotar ayudas imprevistas. Cuando trasladamos el taller a Managua, ella y el padre Pallais fueron mis principales apoyos para fundar la primera “Casa de la Cultura”, primer embrión de una universidad humanista que soñábamos y en la cual doña Agustina, con su silenciosa pero efectiva labor, hizo posible aquellos cursos, cursillos y actos culturales que fueron la base e hicieron el ambiente a la futura UCA. Pienso en la gran inquietud creadora y educadora de doña Agustina, descubriéndole a las muchachas que trataba como maestra, su vocación o suscitándoles deseos de superación, formando núcleos de jóvenes con sed de sabiduría y creando casi sola, contra viento y marea, una especie de Facultad libre de Humanidades y Cristianidades. Porque no sólo era maestra y conferencista sino animadora, incansable animadora de toda inquietud cultural o espiritual. Descubridora de dotes. Generosa y maternal en eso de darle hijos al Bien, a la Belleza o la Verdad. Una vez me hizo ir a una velada de colegio para que oyerá a una niña recitar. Así conocí a Mimí Hammes. Y antes de eso, cuando un pequeño nieto suyo mostró su precoz predilección por la poesía, ella le hacía leer, con sabiduría de educadora, libros que lo llevaran al difícil país de la Belleza. ¿Cuánto le deberá Ernesto Cardenal a esa abuela que lo guió, con segura mano materna, en esa etapa casi decisiva de la primera navegación poética? . . .

Podría guiar este escrito por mil senderos de recuerdos encontrando siempre hermosas anécdotas. Pero me detengo de nuevo en el punto de partida. Ante el misterio de la mujer. Doña Agustina Urtecho de Martínez es un símbolo de ese lado oculto de la historia, de esa fuerza secreta que hace germinar los acontecimientos decisivos. ¿Quién puede decir las cosas que están aún floreciendo de sus semillas? La mujer es la que trasmite. De ella recibe el niño la mayor parte del bagaje que llevará al futuro. ¿Qué sería Nicaragua —mordida por los dientes tenaces y ambiciosos de los hombres— sin esa pa-

4 - VIENE DE LA SEGUNDA PAGINA

ciente re-elaboración y trasmisión de sus mujeres? La fe nicaragüense la recibimos de esas sacerdotisas ocultas y domésticas. Lo mejor de nuestras valoraciones morales, nuestras medidas de misericordia y de compasión, nuestra capacidad de amor, de abnegación, de entrega, vienen por línea de mujer. Y está en el signo de su ocultamiento que el hombre trasmite su apellido, que es la fachada de nuestra personalidad, mientras la mujer, que es la verdadera transmisora, se despoja de él como testimonio radical de su entrega. Incluso el acontecimiento que le es más propio —dice la ya citada Gertrud von Le Fort—, o sea, el de dar la vida y la herencia de la sangre, queda sin nombre y oculto por su parte. La gran corriente de todas las fuerzas que formaron y formarán la historia, fluye a través de la mujer, que no lleva otro nombre que el de madre.

Este último nombre baste para cubrir de grandeza a esta mujer que perdió Nicaragua esta semana. Mil inquietudes de superación, mil logros, mil sueños, mil futuros imponderables —¿quién puede contarlos?— nacieron gracias a su obra silenciosa de noventa años. Pero es sólo una madre la que muere. Un silencio. Un misterio.

PABLO ANTONIO CUADRA